

faite du "Cimetière Marin". Car, sans vouloir forcer les comparaisons, je dirai que "Río de Olvido" joue dans l'œuvre de M. Alfonso Reyes le même rôle —avec la même valeur— que le "Cimetière Marin" dans l'œuvre de M. Paul Valéry. C'est en dire l'importance!

Marcel BRION.

Les Nouvelles Littéraires.

Paris, 12 Août - 1933.

O EXPLENDOR DUMA PERSONALIDADE
ALFONSO REYES EMBAIXADOR DO MEXICO

Alfonso Reyes é, antes de tudo, un escriptor luminoso. Uma pagina sua fulge e não é só a força do estylo, a clareza, o rythmo, mas o valor proprio de cada palavra, o jogo das fórmas verbaes, a precisao admiravel, tudo consubstanciado num intenso objectivismo. Porque Alfonso Reyes não dissolve nunca o seu pensamento em divagações, abstractas, antes procura o sentido da realidade, e resolve a sus expressão em formulas concisas, syntheticas e claras.

O prodigio não é so do escriptor. E'sobretudo do pensador. A fórma de Alfonso Reyes revela, não apenas o estylista, por perfeito que seja, mas, acima de tudo, a linha vertical do seu pensamento. As coisas não o contentam na sau superficie, porque elle sabe que a realidade está sempre escondida e é preciso penetrar, invariavelmente com sacrificio, o sacrificio do pensamento, para a descoberta surpreendente. Só depois é possivel construir com simplicidade, na revelação lyrica das coisas.

Uma pagina qualquer de Alfonso Reyes seria exemplo bastante; *La Saeta*, en que nos dá, em alguns quadros apenas, toda a impressão da Procissão de Sexta-Feira Santa en Sevilha. Mais do que a pintura ou o pitoresco das scenas, que debuxa com rara suggestão, está o espirito beato das massas, o mysticismo profundo e todas as reservas de religiosidade popular, que procura, na parece, fórmas concretas, como se assim chegasse melhor ao céu. O artista é sempre o psychologo, mais do que isso, o interprete, não raro a adivinho. E Alfonso Reyes é um desvendador de mysteris. E, por isso mesmo, a sua arte guarda sempre uma marca dessa interrogação, que aos humanos nunca se revela por inteiro.

Nesta impressão, não se aprofundará a sua obra. Ella é variada e numerosa, havendo a salientar o erudito e o investigador. Nesse particular, não só Alfonso Reyes tem produzido trabalhos do maior

alcance de exegese e bibliographia, como ainda ensaios criticos notaveis. Bastaria referir os seus estudos em torno de Góngora, de que é um dos commentadores mais autorizados, se tantos outros não merecessem iguaes louvores. Mas, na critica de Alfonso Reyes, o interesse não se circunscribe ao valor intrinseco, porque ella não se limita ao commentario secco, á annotação ou ao debate communs. Permanece no mesmo lyrismo, con que Reyes cria a sua obra de arte. A emoção, com que pesquisa, se mantem translucida e se alarga em poesia, essa poesia que está em todas as coisas e de tudo faz esthetica.

Em Alfonso Reyes a força do escriptor é incomparavel. Ella é que consegue transmudar os assumptos, tirar-lhes a possivel monotonia, como acontece com as questões bibliographicas, dar-lhes sempre luz e calor, dominar pelo proprio espirito qualquer materia em que plasme. A *Visión de Anáhuac* nos dá melhor a synthese do momento da conquista do que volumosos tomos de fatigantes historiadores. Com alguns toques apenas, o autor consegue um mundo de evocações, um prodigio de realidade, que se comprime, mas não se apouca, dentro da fórmula literaria. E Alfonso Reyes tem o privilegio de synthese, na absoluta clareza.

O autor de *Plano oblicuo* é bem uma concentração de cultura. O seu pensamento tem a profundidade e o amor as grandes abstracções, que lhe deu a terra atzéca. Mas a sua aspereza de cardo se compensa na doçura do sangue hespanhol e na cultura latina. Alfonso Reyes dynamizou agudeza mexicana, ardor castelhano e medida franceza, mas não como un processo intellectual, em que a todos prejudicaria sem lhes tirar as ventagens, mas numa elaboração sensivel, en que coração e cerebro foram vasos communicantes. Por isso mesmo, elle pôde sentir e comprehender, como sente e comprehende, Diego de Rivera e Paul Valéry. O pintor exuberante e formidavel, cujo lyrismo tem alguma coisa do transbordamento constante da onda, ou o geometra da poesia, cujo lyrismo é sempre uma abstracção subtil, são ambos irmãos de Alfonso Re-

yes e é facil demarcar, para um ou para putro, os traços afins. E o milagre de Alfonso Reyes é não se ter tornado contradictorio ou paradoxal, antes ter corrigido, pela marca da sua personalidade, todas as forças que auriu na sua formação, vindas do meio, vindas do sangue, ou vindas da cultura.

Todas essas qualidades não fazem apenas de Alfonso Reyes um grande pensador, um artista singular. Dao-lhe as credenciaes para ser embaixador do Mexico. Mais do que o mandato politico, que tem desempenhado nobremente junto a varios governos, e agora no Brasil, aquellas virtudes o fazem uma expressão legitima do paiz maravilhoso, que realiza, neste momento, depois de vencer gloriosamente, tragicas dificuldades de adaptação, uma transmutação impressionante de valores. Vovendo ás energias de origem, o Mexico revolucionario creou a sua realidade moderna, num espectáculo edificante, de força, de disciplina e de belleza. Desse Mexico é que Alfonso Reyes, mesmo sem as credenciaes officiaes, é um dos mais altos representantes.

Renato ALMEIDA.

Diario de Noticias.

Río de Janeiro, 17 de Septiembre de 1933.

SALUTACIÓN A ALFONSO REYES

Dentro de lo que pudiéramos llamar la naciente cultura latinoamericana, Alfonso Reyes es nuestro Baltazar de Castiglione, es decir el hombre que nos ha enseñado el arte de la meditación y de la más serena y discreta cortesía. Viene de un país bravo donde la tierra con la zahareña verticalidad de sus cactus se yergue para el combate, pero Reyes pertenece a esa escasa minoría de espíritus que sobre la turbia y revuelta edad del instinto quieren crear ya en la América nuestra, una edad de inteligencia. Se revolvió el suelo mexicano, marcharon las masas rurales hacia las ciudades, Villa se alzó en Sonora, Emiliano Zapata en Morelos; paseaban los charros en desenfrenada cabalgata disparando sus balas y desenvainando sus machetes en tributo a esos dioses terribles que presidían las cosmogonías aztecas, y durante diez años desde las secas praderas del Norte hasta el cenagoso Yucatán, todo México fué altar de sacrificios. Nuestra gente latinoamericana, esta raza que quiere ser, que según el lema magnífico de José Vasconcelos quiere hablar una verdadera pelea de independencia. El orden porfirista, el orden de la Dictadura en que México vivió durante treinta años se derrumbaba de pronto como un edificio fantasmal. Era un orden de privilegiados y grandes duques, un orden que nos llegaba hasta el alma confusa, entristecida, de un pueblo sediento de símbolos. Y ahora un espectáculo maravilloso en medio del dolor, del desaliento, de traición, inevitables en todo gran drama histórico; el pueblo que despertaba, que quería incorporarse a la nacionalidad, que apetecía la vida como aquella decisión ciega, irresistible y divina como el *fatum* de la tragedia antigua, que lanzó a los caminos y a la guerra de Demetrio Macías, el oscuro ranchero de (Los de abajo).

Mientras la multitud peleaba y eran los volcanes de Anáhuac las piras llameantes del holocausto, algunos hombres jóvenes repartidos en el ostracismo estaban meditando. Como en un relato

de Alfonso Reyes habían abandonado la Ética de Spinoza por la verdad más urgente y desgarrada que de pronto les ofrecía su pueblo. (Nos pegan jefecito; nos roban; nos quieren matar de hambre, jefecito. No tenemos ni donde enterrar a nuestros muertos) es la adolorida queja del indio Juan Peña, en aquella narración de Alfonso Reyes. Y agrega el escritor (Con una agilidad de danzante, como si representara de memoria un papel, Juan Peña se arrodilló ante nosotros, se puso a llorar, a besuquearnos las manos, a contarnos mil abusos e infamias del mal hombre que había en el pueblo y a pedirnos protección a los blancos, como si fuéramos los verdaderos hijos del Sol).

Por fin hubo paz en la tierra de Anáhuac y los terribles sacerdotes de la guerra no subieron de nuevo con su cuchillo de obsidiana a la escalonada pirámide de los sacrificios. (Tierra y Libertad) había sido el grito del indio Emiliano Zapata. La Revolución que triunfaba imponía a México un singular destino de atalaya de nuestra raza. Las maestras rurales llegaban ahora a los ranchos a compartir la humilde tortilla del indio. En el plan educacional de Vasconcelos desembocaban en la corriente caudalosa de una gran historia común todos nuestros héroes nacionales: —Bolívar y San Martín, O'Higgins y el cura Hidalgo, Sarmiento y Martín eran los artífices de la gran patria latinoamericana que debíamos formar. Y precisaba extraer de la conciencia dormida de veinte naciones, esta nueva voluntad histórica, la de la América que habla Español y quiere decir al Mundo su mensaje de creación generosa. Esa raza cósmica que en el sueño vehemente de Vasconcelos es como la polifonía de mil voces:— el ancho porvenir de una raza que se levanta para crear su Historia.

Distinto de Vasconcelos en cuanto el clásico es diferente del romántico, el hombre sereno del hombre patético, este grande hombre pequeñito que tenemos hoy de visita entre nosotros, es también uno de los adelantados de la América nueva. En la bella música de su prosa se convierte en cultura, en formas de arte, en temas de

meditación las cosas de América. Visitamos con él, uno de los más admirables relatos que se hayan escrito en castellano del siglo XX, en su (Visión de Anáhuac) la gran Tenochtitlán legendaria donde llegó Cortés, o bien escribe una interpretación histórica, un primoroso hallazgo de filólogo, un ensayo político o humaniza en una notícula fresca llena de comprensión y hasta de ironía, la investigación despiadada de los eruditos.

Un poeta y un humanista. Por nuestra América volcánica e informe aun, donde el odio y la incompreensión proliferan como las lianas de un paisaje virgen, él pasea su mensaje de buen sembrador:— lleva consigo esa Atenea política de los ojos claros que evocara recientemente en una admirable lección a los estudiantes de Río de Janeiro. En esta América instintiva que según la palabra de Kayserling vive la agitación oscura del tercer día bíblico, su lección y sus viajes nos recuerdan esos viajes y esas lecciones de Erasmo a través de la convulsionada Europa del siglo XVI. Ojalá que como la Europa de entonces nuestra América esté en la aurora de un renacimiento; y lo que ahora se agita hecho tumulto y pasión en el subconsciente colectivo ascienda por la palabra y la enseñanza de estos hombres, al plano de la cultura y de la conciencia histórica.

Erasmo, Baltasar de Castiglione, son viejos nombres que se asocian a este humanista de hoy que escribe y piensa en la más limpia prosa española. Del uno tiene el culto de la inteligencia, el análisis, tolerancia, la comprensión, y el diálogo sutil; del gracioso italiano aquel esmero de la forma, aquel don de cortesía sin los cuales serían intolerables e inhumanas las más altas inteligencias. En esta sal de la cortesía, este (espíritu de fineza) según la palabra pascalina lo que hace llegar a la sociedad de los hombres y convierte en política, en acción, en el acorde misterioso de la cultura, los pensamientos del solitario.

Inteligencia, cortesía: —en estas tierras nuestros dichos dones

parecen por lo escaso, las más altas virtudes cardinales. Ahora aprenderemos el secreto para ascender hasta ellas en las palabras de Alfonso Reyes.

Mariano PICÓN SALAS.

Santiago de Chile, Septiembre de 1933.

(Varios periódicos).

ALFONSO REYES

La palabra escrita e impresa constituye una expresión tan lejana como imperfecta del ser íntimo; antes dice lo que desearíamos ser que lo que somos. Más cerca queda la letra manuscrita; y más aún la mano, o el rostro, o la mirada.

Por eso, a veces, no conviene ver a un escritor admirado y desconocido; su presencia endurece los conceptos y algo se interpone, en adelante, entre ellos y nuestra lectura. El hombre empequeñece al autor o lo distancia, invenciblemente.

Otras veces —la variedad humana es infinita— sucede justamente lo contrario. La proximidad como que derrite un hielo, talvez purísimo y hasta deslumbrador; pero difícil de penetrar y que no se asimilaba. Un gesto, una palabra bastan para operar el milagro, y como el agua fluye la conversación cordial, esa manera de comunicación incomparable.

Ha sido el caso de Alfonso Reyes.

Tenía entre nosotros muchos admiradores. Creemos que ninguno lograba definirlo por completo; la obra del escritor mexicano ofrece tantas facetas cambiantes, tantas insinuaciones en tantos sentidos diversos, que no se deja coger ni abarcar en conjunto por cualquiera. Se le conocían ensayos, poemas, artículos, críticas, pequeños cuadros, casi esbozos de novelas o de cuentos, estrofas diáfanas, prosas exquisitas, de una transparencia resistente y diamantina; y creíase ver tras esas páginas lo que se llama, con fórmula demasiado repetida: "una personalidad muy interesante". Gran cultura, viajes, ecuanimidad abierta, aristocracia de espíritu, rigor de gusto, luces y más luces, en todas direcciones.

¿De dónde partían las luces? ¿A dónde se encaminaba la cultura?

¿Qué lo guiaba en sus viajes por la realidad y la fantasía?

El hombre escurriase y como que se esfumaba un poco al dispersarse por los cuatro vientos.

Pero vino. Estuvo entre nosotros cuarenta días y cuarenta noches. Y se marchó.

Ahora ya sabemos. Lo que se sabe no parece mucho. Tal vez se hablaba más de él antes, o se empleaban para hablar de él mayor número de palabras, si bien nunca tan significativas ni tan cargadas de emoción, sobre todo, tan distintas de las habituales entre escritores para hablar de un escritor. Se dice, simplemente, con un acento bien convencido:

—¡Qué hombre tan bueno!

Esa es la verdad que, talvez sin quererlo, acaso sin saberlo, ha venido a revelarnos Alfonso Reyes con su visita. La existencia de la gran bondad en el alma de un grande escritor. El no podía decirla claramente en sus libros, aunque tan hábil artista de la frase y quién sabe si por el mismo pudor del arte muy refinado. La bondad auténtica prefiere esconderse un poco y es de carácter esquivo. Es la inteligencia la que gusta mostrarse en primer término, con la Sabiduría y todo su cortejo. Cuando aparece en las obras, nunca nos inspira gran confianza la bondad: tememos que figure a modo de recurso literario o de anzuelo. En cambio, en el gesto, en la palabra viva, especialmente en esa terrible indiscreta que es la mirada, ya no cabe ocultamiento ni falsificación. Uno mira, oye y juzga sin vacilar, en el espacio de un segundo. Inútil era que a Alfonso Reyes lo llamaran, sonoramente, durante una comida, "Embajador": sus ojillos se burlaban del tratamiento pomposo, y nos decían a través de la mesa, con voz inaudible: —No importa, no crean nada: soy un amigo, *un buen amigo*—. ¡Qué cosa tan rara y de tan fino gusto esa palabrita insignificante! Lo mirábamos como reconociéndolo y con una sonrisa que no respondía a nada que se hubiera dicho. A la sorpresa del primer encuentro su-

cedía la alegría del segundo, y después la certidumbre, la confianza plena. No, ya no cabía duda. Era un hombre bueno. Podía brillar, podía imponerse y dejar caer sentencias dogmáticas; prefería ponerse a nuestro nivel y seguir una charla atenta que nos alzaba su atmósfera, haciéndonos respirar un aire puro. No tenía esos juicios benévolo por parejo de los que desean aparecer magnánimos; calificaba y clasificaba perfectamente, a veces con ingenio incisivo, nunca con hiel ni vinagre. Jamás una gota de amargura ni aun en las heces de su copa, toda llena de vino generoso, ofrecido en abundancia. A esa luz que de su presencia fluía iban mostrándose cada vez más firmes las líneas de su arquitectura intelectual, sólidamente tallada, de un equilibrio maravilloso y de plenitud completa. Quince años de vida europea en centros de estudio de primer orden, junto a grandes maestros, han ampliado su visión hasta tocar ambos extremos con seguridad; sus ideas satisfacían igualmente a los de uno y otro bando, de tal manera que, sorprendido un reaccionario ferviente por el acuerdo que en ciertos puntos vitales descubriase con este representante de un país avanzado, no pudo menos de manifestárselo, muy alegre por cierto; Alfonso Reyes, deteniéndose un momento —subíamos las escalinatas de un gran parque montaños— *se ubicó* en esta forma: —Hombre, la verdad es que yo en mi patria he hallado medio de ser un reaccionario de extrema izquierda.

Había que dar una fórmula y la daba.

Por encima de ella, sentíase al artista, al que comulga con todos en la belleza sin frontera; y más arriba aún, al hombre de corazón y de bondad, que conoce comuniones todavía más altas y más íntimas. Porque si la Belleza, según la definición célebre, puede considerarse un resplandor de la Verdad, el sentimiento de lo bueno y el amor a lo puro constituyen la verdad misma.

* * *

Habríamos querido dejarlo entre nosotros.

En un ambiente literario e intelectual como el nuestro, donde no faltan las voluntades ni los talentos, pero que carece de unidad coordinadora, el prestigio de un hombre, digno por todos lados de prestigio, podría ser el núcleo de influencia que organizara un gran movimiento renovador.

No pudo ser.

Sus deberes se lo llevaron y se fue como había venido.

Pero nos queda la revelación que trajo, la pequeña gran palabra, íntima y secreta, sencilla y profunda; y la idea de que, en adelante, cuando lo leamos, cuando recibamos su correspondencia —esa profusa correspondencia que reparte por todo el mundo, en un afán de entrega inagotable— lo entenderemos mejor y sabremos leer no solamente lo que está escrito.

ALONE.

La Nación, Santiago de Chile,

8 de Octubre de 1933.